

UNA PEQUEÑA MUESTRA

Sentada en un lugar privilegiado en la mesa de banquetes, Amor veía danzar a los novios en el típico vals que ponían en todas las bodas. Gracias a Dios, había llegado a tiempo de ocupar su puesto de honor en la ceremonia, y todo se había desarrollado según lo previsto, aunque sentía los pies destrozados. Repartir el correo subida a diez centímetros de altura, le pasaba factura, aunque si se mantenía sentada, podía soportarlo y disimular la incomodidad que sentía. Amor miró a dos de sus amigas que reían mientras conversaban entre ellas. Francis Loren vestía de negro, algo completamente usual en ella. Trabajaba como enfermera jefe en el hospital universitario de la ciudad, en la sección que más aborrecía: urología, y por eso su humor era siempre tan cínico, por estar rodeada de penes en mal estado, como decía ella.

Laura Fernández era fisioterapeuta, y estaba irremediabilmente enamorada de su hermano Justo, aunque Amor creía sinceramente que una relación entre ellos era del todo imposible porque su hermano era un hombre independiente, mujeriego, y vivía por y para su profesión sin atender a nada más. Ni Francis, ni Laura se percataron que las observaba con atención. Unos momentos después, desvió sus ojos hacia Rosa Campello que bailaba con su hijo mayor, Miguel, de doce años, y sin darse cuenta, sus ojos se entrecerraron para escudriñarla con más atención. Tenía cinco hijos varones pero no perdía el sentido del humor ni la picardía. Amor se preguntó por qué motivo no paraba de parir hijos al mundo, quizás porque seguía teniendo la esperanza de tener la niña que se le resistía en cada embarazo. Ella se hubiera plantado en el número dos, pero al marido de Rosa parecía no importarle dejar preñada a su mujer cada año.

Si seguían a ese ritmo, iban a tener pronto un equipo de fútbol.

Amor dejó de mirar las piruetas que hacía Rosa y clavó sus ojos en Gloria y Andrés que en ese momento estaban obsequiando a los invitados con una baile más

sensual. Se miraban entre ellos como si no existiera nada más en el mundo, y se preguntó por enésima vez cuánto tiempo duraba el amor, y lo más importante, cómo se hacía para que perdurase. Ella, como hija de padres divorciados, y después de un noviazgo desastroso de más de cinco años, había dejado de creer en los cuentos de hadas. No negaba que existían los príncipes azules, pero, evidentemente, desteñían. Sus pupilas negras se fijaron en Santiago Maño, su jefe de correos, y su amante de turno, Natacha, una escultural rubia de origen ruso que había logrado separar a un hombre de familia de su mujer y sus tres hijos, y lo había convertido en el jefe más cabrón de todos.

—Si sigues mirando en plan asesino, voy a tener que detenerte.

Amor giró la cabeza hacia su hermano que, en ese preciso momento, ocupaba la silla vacía del padrino que se encontraba repartiendo habanos a los invitados masculinos.

—Tendrías que detener a esos dos por escándalo público —Amor señaló con un gesto de la barbilla a los novios que seguían restregándose en plan sinvergüenza, y sin ninguna muestra de pudor.

—Es bonito ver a dos personas que se quieren, y lo demuestran —le dijo él.

—El amor debería estar prohibido —le respondió ella.

—El hombre no puede vivir solamente de lujuria —remató Justo que clavó sus ojos negros en su única hermana.

El desengaño sufrido gracias a su pareja tiempo atrás, la había convertido en una mujer un tanto amargada. Resentida con todo lo que meara de pie.

—Te tomas las cosas demasiado en serio —le recriminó él.

Amor desvió los ojos de las parejas que bailaban, y los fijó en su hermano que le mostraba una sonrisa socarrona, de esas que tanto detestaba ella.

—Trabaja y sé feliz —le aconsejó.

—Trabajo seis días a la semana, no me hables de trabajo por favor. Incluso hoy he tenido que repartir unos certificados urgentes.

—Siempre creí que te gustaba trabajar al aire libre. ¿Por qué si no te preparaste para opositar a cartero?

—Cartera —lo rectificó ella.

—Cartera es lo que llevo en el bolsillo trasero de mi pantalón —le informó con el mismo tono de humor de siempre—, y tú siempre serás un cartero de toda la vida.

—Jaja, mira cómo me río.

—Te invito a bailar —le dijo Justo con una sonrisa.

Pero ella declinó la invitación con un gesto negativo de la cabeza.

—Bailar con mi hermano, es lo último que me interesa en este momento.

—Soy el primero que te lo ha pedido, y por la cara de vinagre que tienes, estoy convencido que seré el único.

—No puedo bailar —le confesó en un susurro. Justo no la entendió—. He repartido el correo en tacones recién estrenados.

Ahora la comprendía. Debía tener los pies destrozados. ¿Cómo se le había ocurrido?

—Bueno, entonces me marcho. Me despido de la feliz pareja, y nos vemos en casa de mamá.

—¡Justo! —Exclamó Amor de pronto—. ¿Te gusta la pareja de mamá? Porque a mí me parece un palurdo de cuidado. No entiendo que ha podido ver mamá en él.

—Parece ser que la ama.

—¿Y ya está? ¿Parece ser, y punto?

—Juzgas a todos los hombres en base a tu experiencia con Ramón, y te equivocas.

El estómago le hizo un vuelco al escuchar el nombre de su ex pareja.

—¿Crees que soy exagerada? —le preguntó con voz seca—. Mira a mi jefe, lo orgulloso que se pasea del brazo de esa pelandusca. Su juventud es un insulto para la mujer que le dedicó toda su vida, que parió sus hijos, y que ahora malvive fregando suelos. —Justo se mantuvo en silencio—. Mira a mi amiga Francis —continuó ella—, ¿crees que su cinismo es innato? Te informo que no porque es la única arma que no pueden quitarle, y la usa para que no le hagan más daño —la defendió.

—Su marido era un cabrón —admitió Justo en voz baja.

—¿Y papá? ¿También te parece un cabrón? Porque su novia debe de tener la misma edad que yo.

—Parece mayor que tú —le dijo Justo como un halago—, porque se pinta demasiado.

—Es lo que suelen hacer las queridas, pintarse para parecer sofisticadas y atrapar a incautos como papá.

—¿Papá te parece incauto? —le preguntó Justo con sorpresa.

—Papá me parece un inmaduro que persigue un par de tetas de silicona y un culo más grande que el campo de fútbol de Mestalla.

Justo soltó una carcajada al escucharla, aunque lo entristeció la mala opinión que sentía su hermana por los hombres.

—Un día llegará a tu vida el hombre de tus sueños. El que no te permitirá dormir por las noches, ni dejará tu quietud en paz. Zarandeará tu mundo, agitará tu futuro, y no podrás hacer nada salvo babear como una lela.

Los ojos de Amor se entrecerraron al escuchar las palabras masculinas.

—¿Es una maldición?

—Es lo que te ocurrirá tarde o temprano. Cuando menos lo esperes.

—Me alegra ver que me quieres tanto para desearme tamaña descalabradura.

—Para eso están los hermanos mayores.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Mi pistola es reglamentaria, y tengo prohibido dejarla.

Amor no pudo reprimir una sonrisa. El sentido del humor de su hermano era una bendición, y lamentaba no haber nacido con esa cualidad que tanto admiraba en él.

—Baila con Laura —le pidió.

Los ojos de Justo buscaron la figura femenina que estaba sentada justo al otro lado del salón de banquetes. La muchacha rubia de ojos verdes lo miraba de una forma que le producía incomodidad. Como si fuese el único hombre en su mundo.

—No es una buena idea.

—Harás feliz durante unos minutos a una mujer que se muere por tus huesos.

Justo volvió a negar con su morena cabeza.

—¡Díselo Amor! Sé una buena amiga, y díselo.

Justo se levantó de la silla tapizada y cruzó por delante de su hermana para salir al exterior. Los ojos de Laura siguieron a la figura masculina hasta que cruzó la puerta de salida al parque. El Restaurante Dátil de Oro, donde tenía lugar el banquete de bodas, era uno de los establecimientos mas emblemáticos por su ubicación privilegiada, rodeado de los jardines y palmeras del Parque de la ciudad.

Laura se levantó de su asiento y caminó directamente hacia ella. Amor le mostró una sonrisa sincera antes de que se inclinara sobre la mesa.

—Gracias aunque no haya servido de mucho —le dijo con mirada triste.

—Está interesado en otra —le confesó Amor al fin—, pero no es definitivo porque mi hermano es un libertino impenitente. Nunca será fiel a una sola mujer, y por

ese motivo me alegro que no esté interesado en ti, porque tú necesitas otro tipo de hombre, más maduro, con la cabeza mejor amueblada.

Laura ya había tomado asiento en el lugar vacío que había dejado Justo.

—Tendríamos que ser capaces de conducir nuestro corazón por el derrotero que más nos interese.

—Es una maquinaria que bombea sangre al resto del cuerpo, nada más —dijo Amor.

—Es la fábrica de los sueños, las ilusiones y las esperanzas —le replicó la otra.

—Es la fabrica de las pesadillas, las desilusiones, y la desconfianza —aseveró ésta.

—Hablas así porque nunca has amado realmente —la acuso la amiga.

Amor resopló malhumorada.

—Hipotequé mi vida emocional durante cinco largos años, ¿y para qué? Para descubrir que mi prometido era un malvado sin escrúpulos.

—Hay hombres maravillosos.

Francis dejó su lugar de vigilante en la mesa contraria, y se acercó hasta las dos amigas para tomar asiento junto a ellas. Se había aburrido de estar sola.

—¿Necesitáis ayuda? —ambas callaron al unísono. Si Francis intervenía, podrían salir muy mal paradas—. Gloria debe de odiarte mucho —los ojos de Francis recorrieron el vestido de Amor con insolencia.

Amor se subió el escote todavía más.

—Es el color, porque el vestido no es tan feo.

Laura y Francis se miraron incrédulas.

—Pareces un salmón sin piel —le dijo Francis con su peculiar tono burlón.

—Precisamente me siento como un pez fuera del agua, y estoy deseando que termine el banquete. El dolor de mis pies me mata. Soy incapaz de dar un paso.

—Pero hemos quedado en el puerto —dijo Laura.

—Tendréis que ir sin mi. Estoy agotada —trató de excusarse Amor.

—¿No puedes quedarte aquí? Gloria se ofenderá muchísimo.

Amor lo dudaba seriamente. Su amiga seguía bailando con su marido completamente ajena a todo.

—Miradlos, ¿de verdad creéis que les hacemos falta?

Francis y Laura miraron hacia la pareja que no había dejado de bailar. Tenían que reconocer que Gloria y Andrés estaban sumergidos en un mundo donde no existía nadie más que ellos dos.

—Pero prometimos acompañarlos durante la noche.

Amor miró a Laura tras decir las palabras. Ella deseaba cambiarse de vestido y meter los pies en un barreño de agua templada con sal. Lo último que le apetecía era marchar al puerto de juerga.

—Yo me voy a casa. No puedo con mi alma —replicó firme.

Amor se levantó del asiento, y al hacerlo, no pudo esconder una exclamación de dolor. Maldijo los zapatos y el vestido: las torturas femeninas por excelencia.

—Me despediré de la pareja y les desearé una hermosa luna de miel.